

**U**NA noticia fechada en París, concierne al ex Emperador Bokassa, me brinda la feliz ocasión de proclamar la envidiable situación pública de nuestro amado país, y para reflexionar, al propio tiempo, acerca de su ejemplar Historia. La noticia a la que me refiero no aparece en la primera plana de los periódicos, porque Bokassa no es ya más que un pobrecito asesino exiliado, repudiado áspicamente por el capital monopolista internacional, que ha encontrado una cara menos impresentable para hacerla figurar al frente del Estado en la República Centroafricana, y continuar saqueando sus riquezas naturales y elevando el nivel de vida de sus habitantes. Por ello, el hallazgo de esos cadáveres desviscerados en el frigorífico de la residencia imperial de Kolongo no puede vestir el aire sensacionalista que cabría atribuirle si el hecho estuviera relacionado con alguna personalidad felizmente reinante. Pero hay más: esa antropofagia resultaría, en todo caso, mínimamente escandalosa en España, donde se asiste a la desmembración del cuerpo social, a lo largo de un sangriento proceso que tiene asentadas sus raíces en nuestra más rancia tradición, y que florece estos días, una vez más, con el asesinato y el terror.

—Estoy asustado —me dijo mi amigo Nacho. Y tan asustado estaba que cuando me disponía a pedir media frasca de vino para acompañar a los caracoles que nos habían servido en cierta tasca madrileña, Nacho me sorprendió encargándole al camarero sendos "gin-tonic", bien cargados de ginebra. Por lo demás, creí que las palabras de Nacho, que había asistido días antes a una reunión con gentes de alto copete, no eran sino la expresión individualizada del sentimiento de temor que embarga a los espíritus de todos los españoles. Incluso el mío, que sirvió en Tiradores de Inf.

—Fue una fiesta... —y vaciló— peculiar. El trago de ginebra, después de la ingestión del cuerpo oscuro y blando, fuertemente picante, del caracol, me supo a rayos, como si me hubiera tragado un "scotch-brite" empapado en lejía.

—Cuenta —le dije, cuando reintegré la lengua a la boca—. Dame detalles.

—Tú conoces a mi padre —comentó Nacho, y yo di un gruñido, que era una manera grosera, pero discreta, de mostrar mis sentimientos de incompatibilidad personal con tamaño especulador—. A la salida del hospital recibí una invitación para acudir a cierta casa de un barrio de lujo.

Conocedor de la alta cuna de Nacho, no vela yo, hasta ese momento, motivo de particular inquietud. "¿Todo fue bien?", le dije.

—Todo fue cotidiano, habitual, mientras tomamos las primeras copas —replicó Nacho, mirando tristemente el fondo de su vaso vacío—. Pero cuando la anfitriona anunció, moviendo la sotabarba como un guacamayo, que había decidido sustituir la cena por un plato único, pura cocina española, dije, la impresión desagradable que me habían producido sus huéspedes se convirtió en franco temor.

—¿Gente desagradable, sin modales?

—Al contrario —aseguró Nacho—. Era gente distinguida, a tono con la casa.

—¿Entonces?

—Lo que me preocupaba esencialmente, como si en la recámara del cerebro hubiera ya almacenado una sutil señal de alarma, eran unos gemidos, de

naturaleza indescifrable, semejantes a los aullidos de un perro, que sonaban allá dentro, en las profundidades de la casa, o quizá en el sótano. Bebiémos un líquido rojo, espeso, que manchaba los labios de los asistentes, produciéndome una repulsión que me erizaba el vello.

—¿Jarabe de granadina, quizá? —e intenté halagar su vanidad—. Tú eres un connoisseur, Nacho; no fastidies.

—En realidad, ese detalle no tiene ninguna importancia —replicó Nacho—, y se explica por sí solo, si se relaciona con lo que vino después.

—¿Y qué es lo que vino luego? —pregunté.

—No conozco los motivos —dijo Nacho—, pero es lo cierto que la

anfitriona me tomó del brazo y, en el "office", me dio una explicación confusa acerca de no sé qué problemas con el servicio doméstico y de la necesidad de que le ayudara a preparar el exquisito plato que nos había anunciado —Nacho se detuvo, puso su mano sobre las cáscaras vacías de los caracoles y apretó fuerte contra la mesa. Cuando la sangre brotó de la palma y una hermosa japonesa cercana gritó "¡Toguego!" y se le sentó en las rodillas, mi amigo continuó—: Con una tremenda cuchilla de matarife que la señora había depositado en mis manos, salí al jardín, envuelto en la oscuridad de la noche. Bajo un robusto tamarindo habla... Oh, Dios mío, no puedo explicártelo, resulta horrible —y su frente machacó repetidamente lo que restaba de la cáscara de los caracoles.

—Cálmate —rogué a Nacho, y sembré el local de simpatía y guapeza con mi mirada gitana—. No puedes defraudar a la japonesa —y añadí, como un padre—: ¿No sería el alcohol?

—No —gritó Nacho—. Entiéndelo, por Dios. Yo tenía que matar "aquello"; yo tenía que seccionar un miembro, o la cabeza de aquella forma enorme y no lo suficientemente imprecisa como para no intuir lo que tenía de familiar.

—¿Tenía cabeza, ojos, piernas humanas?

—Tenía cientos de miles de todas esas cosas. Y, sobre todo, lo más patético, lo que me hizo encanecer de golpe...

—Habla de una vez, leche.

—Estaba atada, ¿entiendes?, indefensa. Como si hubiera sido llevada a allí con algún engaño y atada al sólido tronco del tamarindo.

—¿Le asestaste la cuchillada?

—No seas imbécil —replicó finalmente Nacho—. Sentí una angustia indecible al revelarse de pronto la verdadera naturaleza de los planes que preparaba la gente dentro del chalet. Y aunque tembloroso, todavía tuve fuerzas para soltar al cuchillo y salir, huyendo, hacia la calle.

Cuando Nacho se disponía a apurar de un trago su quinto "gin-tonic", detuvo su mano. No podría decir con precisión si porque quería evitarle la borrachera o porque le noticia de un nuevo asesinato, que saltó bruscamente desde la radio, me hizo recordar con particular temura el peligro que corría la indefensa y querida bestia a la que se había referido mi amigo. Lo más natural es que mi gesto obedeciera a que Nacho tiene unas trampas incómodas; sobre todo, cuando se le complican con ciertas desatenciones intestinales, absolutamente ingobernables, y no hay taxista en Madrid que nos quiera llevar a casa. ■

## Caracoles con gin-tonic

ANTON AMARGO

## LIBROS

### La negritud de la novela negra

Chester Himes está considerado como un epigono, pero en talento y oficio no tiene nada que envidiar a los maestros. Además de ser un típico exponente de la mejor literatura "hard-boiled" norteamericana, por su manera de escribir, lo es también por su trayectoria biográfica.

Como McCoy, Chandler y Hammett, es un autodidacta del lado gris y desalmado de la sociedad capitalista. De la Universidad de Cleveland pasó a la cárcel por un robo a mano armada, amén de trabajar en varios empleos de humilde catadura para ganarse el dólar de la supervivencia.

Pero además, Himes es negro, un negro de Missouri trasplantado al Norte industrial, donde sus hermanos de piel se amontonan en los ghettos, rodeados siempre del poder y el dinero del hombre blanco, que sabe esgrimir el garrote de la autoridad cuando hace falta. Este sencillo hecho histórico y social es el punto de partida y el eje de toda la obra del novelista, que, en algunos aspectos, ha sido comparado por el historiador de la novela policíaca Fereydoun Hoveyda con Dickens y Balzac.

No es del todo descabellada la parcial comparación de Hoveyda por lo que respecta al universo negro neoyorquino, escenario también de la trama del último título de Himes editado en España, "Corre, hombre" (1) ("Run man, run") (1967). Una novela agria, donde no aparecen los detectives Sepulturero Jones y Atad Johnson, y sin las concesiones humorísticas con que el autor acostumbra a salpicar otras de sus obras.

¿Qué pasaría si un negro, mozo de restaurante, acusa de asesinato a un psicópata ebrio, que es policía y blanco, y además tiene oculto un revólver con silenciador con el que acaba de matar a dos negros a sangre fría? Evi-

(1) Chester Himes: Corre, hombre. Bruguera Libro Amigo, Barcelona, 1979.





Chester Himes.

dentamente, sería casi imposible que creyeran al acusador, pero además, el policía asesino trataría de matarle para no dejar testigos, por si acaso. Y esto es lo que sucede en "Corre, hombre", modelo de sobriedad narrativa y ajustado retrato de ese estado de dominación disfrazada y humillación permanente que caracteriza la discriminación económico-racial en la jungla de asfalto de Harlem. Una discriminación que el "sistema" puede suavizar con buenas palabras, pero que se muestra incapaz de eliminar, y que, de alguna forma, necesita incluso alimentar a base de salarios bajos, por un lado, y, por otro, con lo que Sartre calificó de "neurosis introducida y mantenida por el colono entre los colonizados", que termina estableciendo la resignada aceptación de la arbitrariedad como norma lógica e inevitable.

Esa especie de enajenación por duplicado queda patente en las novelas de Himes, las cuales muestran perfección en los diálogos y el eficaz esquematismo descriptivo, creador instantáneo de atmósferas, que son notas específicas de la novelística negra norteamericana. A esas notas se añade, en este caso, la visión del mundo de los "otros" estadounidenses de piel oscura, esos que deben correr, para no morir como conejos, cuando el blanco saca el revólver y siente ganas de demostrar su "superioridad" o descargar sus nervios dándole al gatillo tras haberse tomado unas copas. ■ FERNANDO MARTINEZ LAINEZ.

**Jesús Ibáñez: entre el más acá y el más allá de la sociología**

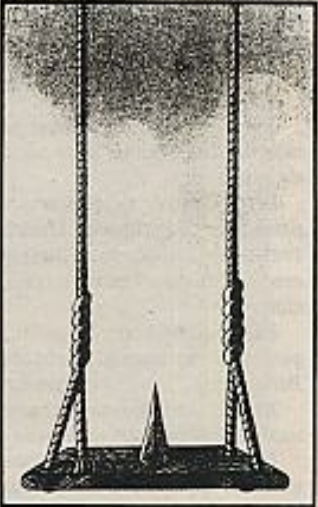
Yo no me atrevo a decir de Jesús Ibáñez que sea uno de los mejores sociólogos que podemos encontrarnos en España, por varias razones: una, porque la verdad es que no los conozco a todos; segunda, porque hay muchos tipos de quedar plasmado el saber y la práctica sociológica como para que sus diversos representantes puedan ser homologados en una misma escala jerárquica, y por último, porque no quiero ofender a quienes mantienen oficialmente esa primacía. Pero, en cualquier caso, me gustaría decirlo, y si pudiera decirlo se me llenaría la boca, de admiración por ese sabio distraído, ejemplo de muchas cosas verdaderamente raras entre nuestros coterráneos, además de por sus conocimientos en el campo de la sociología.

De Jesús Ibáñez se conocen pocas cosas escritas y libros ninguno. Puede ser computado entre los representantes del modo socrático de producir y reproducir, saber al que él asigna la característica de no dejar tras de sí huellas escriturales: el ser un discurso sin texto que incita a hablar al otro, mientras el texto le roba la palabra. Otra paradoja

Jesús Ibáñez.



de su personalidad era la de no pertenecer a la corporación de sabios oficiales: los doctores, lo mismo que le ocurría hace bien poco a otra de las figuras de la sociología hispánica, Manolo Castells. Sin embargo, picado por algún muermo impuro ha pasado a incorporarse al grupo de los



que también él dice que no deben producir saber, sino que el saber debe transitar por ellos. Y fruto del rito del doctorado ha sido la publicación de su tesis, singular desde muchos aspectos.

La justificación, más que el objetivo, de su tesis y de su emanación bíblica (1) ha sido la técnica y la crítica del grupo de discusión. "El grupo de discusión -dice- se inscribe en un campo de producción de discursos: el proceso de producción de esos discursos tiene una forma aparentemente circular. La actuación del grupo produce un discurso -discurso del grupo- que servirá de materia prima para el análisis. El análisis produce un discurso -informe- que servirá de materia prima para el uso social de sus resultados. El uso social de sus resultados produce un discurso -publicidad/propaganda- que presionará sobre la gente para hacerles producir un dis-

(1) Jesús Ibáñez: Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Técnica y crítica. Siglo XXI de España. Madrid, 1979. 425 páginas.

curso (discurso verosímil -que enmascara su diferencia de la realidad-), discurso que a su vez será actuado de nuevos grupos de discusión". El grupo de discusión exige un diseño abierto y una integración de los investigadores en el proceso de investigación; exige también una tecnología concreta. Es una técnica de investigación social, pero, como pone de manifiesto Ibáñez, "las ciencias y las técnicas son la cara visible de un poder de suyo invisible". De ahí que el autor juegue a través de los tres niveles cómo, por qué y para qué del grupo de discusión, para hacer crítica social, provocar, y flotar en un sinnúmero de reflexiones -de la reflexión dice que "es tarea de vagos y maleantes"- que hacen de su obra una mezcla de deliciosas y sugestivas páginas -entre las que se tiene que destacar el prefacio y el capítulo II- adosados a una erudición, tanto en la perspectiva sociológica como en la psicoanalítica, sólo asequibles para sabios oficiales y extraoficiales.

Un magnífico ejemplo de un trabajo científico que, con algo que parece banal y muy técnico, y hasta con un equipaje empírico procedente de investigaciones de mercado, sirve para no dejar títtere con cabeza. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

**Cachondo "western"**

La juventud de nuestra época se siente ahogada dentro de los moldes que impone el marco de la cultura occidental burguesa. Una educación menos rígida, que se pretende orientar teniendo en cuenta los descubrimientos del psicoanálisis (para evitar provocar situaciones frustrantes, que pudieran traducirse en traumas inhibitorios de un adecuado desarrollo de la personalidad de ese adulto en formación que los padres tienen la enorme responsabilidad de orientar), resulta en una posibilidad de selección de los valores predominantes en el medio social concreto de que se trate, ejerciendo la crítica sobre aquellos aspectos culturales que no respondan a necesidades sentidas por el sujeto, ya sea de modo inmediato o dentro de un plazo no excesivamente largo -los plazos de previsión se van alar-